

donde lo que el núcleo tanteos no dice y busca nos envía esta vez a una sede física y erótica: el núcleo labios. En este pre-mundo del nombre, de la búsqueda, el cuando temporal remite a la víspera de los nombres, también víspera del mundo que los nombres no han aún nombrado, abriendo a la vez el advenir del nombre como goce (Eros) y no como tragedia. Esta víspera, anterior al orden de los números, pone de relieve la paradoja hay nombre/no hay nombre, el ciclo siempre renovado de esa paradoja como lo marca la proposición adjetiva: «Que se olvidaban luego/para llamarlo todo/de otro modo al hacerlo/otra vez: nuevo son/para el júbilo nuevo».

Los nombres de este paraíso son también inestables. No hay Historia ni convención que los fijen; se realizan y desrealizan en el vacío de un mundo no fundado. El son es el pre-sonido, no es sentido, no es forma sino víspera saliniana del nombre en constante advenir eufórico (para el júbilo nuevo), en consonancia con Eros. Se trata de la pureza del nombre inscripto en la paradoja de la inestabilidad y todavía más allá, de un nombre que el yo lírico inscribe en un *locus* original apropiándose del sema religioso paraíso. Si bien se trata de un paraíso anterior al paraíso, codificado por la semiosis poética en un tiempo de absoluto espiritual: «En ese paraíso/de los tiempos del alma».

El yo lírico insiste en ir hacia atrás, un atrás anterior a la víspera del mundo y configurar así un paraíso de esencias, como lo marca el demostrativo *ese*. La esencia del tiempo y la esencia del alma constituyen la morada original del nombre del tú. Como Platón, en *Cratilo* (394 y ss) que ve también los nombres a partir de las propiedades del alma y no de las del cuerpo. Así el yo lírico poetiza sobre la esencia de la esencia del nombre.

La construcción adverbial en el más antiguo, entre comas, destaca la atemporalidad de un tiempo mítico y de un *locus*: paraíso, que es la sede espiritual de un origen y de una pureza. Así, inscripto el nombre del tú en el origen del origen, este yo lírico apela al enigma que encierra el lo pronominal e inicia un diálogo con la esencia de ese enigma. Este diálogo pasa por la fase existencial y física del nombre, supera la realidad lingüística del signo y no hace más que afirmar la esencia de un nombre que nunca es estable: «Y aunque yo te lo llamo en mi vida a tu vida/con mi boca, a tu oído/en esta realidad, como él no deja huella/en memoria ni en signo,/y apenas lo percibes,/nítido y momentáneo,/a su cielo se vuelve/todo alado de olvido,/dicho parece en sueños,/sólo en sueños oído».

La prosodia dominante de las comas va marcando sintagmas nucleares. La conjunción Y en posición anafórica enlaza, en el discurrir

del poema, el sintagma tu nombre al lo pronominal, es decir a la pureza del enigma del nombre: te lo llamo no es lo mismo que te llamo. De este modo, se inicia un diálogo también inestable, que supera al de las funciones comunicativas del lenguaje.

El yo lírico emite un nombre que adquiere existencia física y amorosa en la instancia discursiva yo/tú, como lo indican los posesivos correspondientes mi/tu, pero este nombre trasciende la realidad nominal, sus fases existencial y física, para llegar al tú en la paradoja del nombre verdadero: realizado y desrealizado, fugaz y esencial a la vez, sema y fonemas de un diálogo donde ni el yo emisor ni el tú receptor son poseedores de ese nombre absoluto que se envía a sí mismo a un *locus* otra vez de origen, el sema religioso-espiritual: cielo. Nombre en ascensión cuyo cómo o esencia nos recuerda la definición platónica de la poesía: algo alado y divino; un nombre que cuanto más se eleva menos posibilidades tiene de morir en las marcas de la Historia o de la cotidianidad.

Así el nombre dicho y, en consecuencia, oído, tiende a realizarse en la dimensión del sueño y en la del olvido, superando la teoría, también platónica, de la reminiscencia. La operación radical de la poesía: nombrar, llega aquí a su máxima tensión. Luego, la reiteración de paronomasias (oído/oído/oídos) y del políptoton (olvidaban/olvido), distribuidos en el texto en la misma posición (final de verso) subrayan la evanescencia del nombre que «no deja huella/en memoria ni en signo».

Si en el último Aleixandre olvidar es morir, aquí el olvido opera como «un otra vez nuevo» de lo olvidado. El nombre saliniano evanesce y es a la vez ontológico. La paradoja se extrema: sólo el yo, al decirlo, le otorga el ser al tú. Absoluto del nombre que admite a la vez la imposibilidad de ese absoluto. Ese todo que es el tú parece al mismo tiempo limitarlo: ni posesión ni gnoseología del enigma, vale decir, del lo pronominal. El yo no es el imponente del nombre, como lo justifica uno de los orígenes míticos que argumenta Platón en *Cratilo*, pero al decirlo afirma la existencia paradójica de nadie del tú ni nadie del yo.

La paradoja tiene en la semiosis poética su propia consecuencia: «Y así, lo que tú eres/ cuando yo te lo digo/no podrá serlo nadie,/nadie podrá decírtelo./ Porque ni tú ni yo/conocemos su nombre/que sobre mí descende,/pasajero de labios/huésped/fugaz de los oídos/cuando desde mi alma/lo sientes en la tuya,/sin poderlo aprender,/sin saberlo yo mismo».

Salta a la vista la reiteración de la forma pronominal lo, que subrayo, la forma, en suma, del enigma, en diferentes posiciones. El referen-

te oculto, que además es enigma, atraviesa en secreto, como una estructura profunda, todo el poema. Luego leemos a partir de la conjunción Y y del adverbio modal así, que dan entrada al predicado y a la afirmación paradójica del nombre, cómo el yo lírico, sujeto hablante siempre disponible, es un locutor singular que le otorga estatuto al tú y, en la instancia discursiva, es también un enunciador universal: el alguien del contrario nadie.

Al decirle el nombre, el yo le otorga al tú un estatuto ontológico, particular y secreto (el lo pronominal oculta y afirma a un tiempo el ser del nombre). El yo le entrega al tú un secreto que es a la vez el enigma del nombre. Al no decirlo instauro lo permanente del nombre, instauración que sólo concierne al poeta, si recordamos a Hölderlin: «mas lo permanente lo instauran los poetas». Nadie que no sea este yo lírico, particular y universal, podrá, en principio, estatuirle al tú el ser del nombre. Y esta vez decir el nombre no es sin embargo conocerlo en su ser, en la pureza de su ser. Veamos: la proposición consecutiva da entrada a la construcción negativa en la que los deícticos desempeñan el mismo papel: ignorar el enigma. Relacionadas por la conjunción negativa ni/ni, las dos formas pronominales de segunda y primera persona ignoran el nombre que encierra el lo pronominal, si atendemos a la forma posesiva de tercera persona: su (ni tú ni yo/conocemos su nombre).

Luego la proposición adjetiva da cuenta de la dinámica espiritual del enigma del nombre, desprovisto de marcas y de Historia. La fugacidad de este nombre espiritualizado, con sus fases de ascenso y descenso, esta última cayendo sobre el yo lírico como el relámpago sobre el poeta de Hölderlin, tiene sede en el alma, palabra entrañable en Salinas como antes lo fue en Garcilaso («Escrito está en mi alma vuestro gesto», soneto V), del que Salinas fue atento lector.

El tránsito de este nombre no es el tránsito de las convenciones del lenguaje ordinario. Se trata del tránsito de la palabra en la poesía moderna. Un tránsito que nos arroja al enigma, al vacío que es el advenir del nombre. Hay emisor, hay receptor, hay yo/tú y en el centro o en posición enclítica un lo referencial, oscuro y luminoso a la vez que da cuenta de la paradoja hay nombre/no hay nombre. Este referente inestable, vacío y lleno en las instancias del discurso, que se desplaza sin punto de apoyo, de lo físico a lo metafísico, de las sinécdoques de las partes (de labios, de los oídos) a la categoría neoplatónica alma, a la relación asimétrica de los pronombres yo/tú y que no llega a constituirse en signo, transita así por un canal espiritual que fractura y supera al canal de la secuencia lingüística. No se lo escucha, se lo siente, como nos

dice San Agustín: «Callado por ser ruido de palabras pero no en cuanto al afecto del corazón».

Asimismo el tránsito de este nombre no instauro un magisterio tal como lo marca el paralelismo de las construcciones privativas: «sin poderlo aprender/sin saberlo yo mismo». No indica una posesión ni un saber sino que parece aludir a la pureza de la pureza del enigma. Enigma de un nombre siempre en vilo entre el todo y la nada, el lo pronominal ocupa la posición nuclear entre el yo y el tú y marca como deíctico el deseo de absoluto del yo.

La marca del núcleo huésped queda aún más debilitada, en el tránsito del nombre, en la tensión entre el decir y lo dicho, por el adjetivo fugaz. No hay asentamiento del nombre excepto en la sede del alma. Sede de lo absoluto y de lo oculto pero al fin sede del nombre, es decir del lenguaje, como lo pensaba Aristóteles, para quien la voz es el símbolo de las pasiones del alma, con lo cual estaríamos ante una metafísica del nombre.

El paralelismo de los dos versos finales: «sin poderlo aprender,/sin saberlo yo mismo» anula la instauración del nombre en su ontología, mejor dicho en la pureza de su ontología así como el interrogante «¿Tú sabes lo que eres de mí?/¿Sabes tú el nombre?» vuelve a poner de relieve el enigma.

Si en el «Poema 21» de *Razón de amor*, la paradoja «como lo digo yo/como lo voy callando» no encierra una negación del nombre sino una exaltación silenciada del advenir del nombre, expresada por la realización plena del presente digo y por la posibilidad que abre el gerundio callando, de sema no marcado, aquí, en nuestro poema, en cambio, la interrogación nuclear: ¿Sabes tú el nombre? obtiene una respuesta poética, de parte del yo lírico, que nos conduce a un tiempo mítico, anterior al nombre, donde lo mítico sería comparable a lo arcaico que, como se afirma en términos psicoanalíticos, estaría fuera del discurso.

Este saber del no saber no incluye el magisterio del nombre y forma parte de la semiosis poética. Ella nos conduce también a los lectores a un saber del no saber, vale decir a un saber poético sin marca temporal ni forma ni gnoseología del nombre. Un nombre encerrado también para el lector en el enigma del lo pronominal. He aquí la tragedia del yo lírico, del yo adánico del poeta moderno, que nos envuelve también a los lectores al arrojarnos al enigma. No hay aquí magisterio del nombre, como en Jesús, que habla en nombre del Padre o como en San Juan, el de las Escrituras, en testimonio de la luz de ese nombre, si pensamos que se ha privado a los infinitivos poder y saber de ejercer su